

Cuentos

de

Oscar Wilde

Cuentos de Oscar Wilde

Editorial  **Popular**

© Editorial Popular, Madrid, 2023
C/ Leo, 7- local 2. Madrid 28007
Tel.: 91 409 35 73
E-Mail: popular@editorialpopular.com
<http://www.editorialpopular.com>

Imprime: Cooperación Editorial, S.L.

Diseño de colección: Francisco Pino
Ilustrador portada: Marcelo Spotti
Traductor: José Luis Hernández Cáceres

ISBN: 978-84-7884-932-1
D.L.: M-377-2023

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

| | |
|------------------------------|-----|
| Presentación | 7 |
| El amigo fiel..... | 11 |
| El gigante egoísta | 33 |
| El joven rey | 43 |
| El modelo millonario | 71 |
| El niño astro | 83 |
| La esfinge sin secreto | 113 |

Presentación

Oscar Wilde nació en Dublín en 1854 y falleció en París en 1900. Es considerado uno de los dramaturgos más celebrados de su época. En la actualidad es conocido, sobre todo, por sus obras *El retrato de Dorian Gray* (1890), el drama *La importancia de llamarse Ernesto* (1895) y sus cuentos cortos, algunos de los más reconocidos los recogemos en esta antología.

Alumno destacado del Trinity College en su ciudad natal, Wilde acabó sus estudios en Oxford. Durante ese período, el escritor estudió a los clásicos de la literatura griega, convirtiéndose en un experto. Más tarde se establece en Londres, donde produce sus obras de importancia.

Escritor perteneciente al movimiento estético o esteticismo, fue uno de los grandes representantes de dicho decadentismo. Incluso su apariencia estética fue modificada

de manera reconocible por todos. Este culto se propagó entre ciertos segmentos de la sociedad, hasta el punto de que las actitudes lánguidas, las vestimentas exageradas y el esteticismo en general se convirtieron en una pose reconocida, sobre todo por la clase alta. Su literatura se vio influida por los representantes de dicho movimiento: William Morris, Dante Gabriel Rossetti y Stéphane Mallarmé. El arte por el arte era la premisa básica del comportamiento vital y profesional del escritor, quien sorprendía por su perspicaz sentido del humor y sus excentricidades.

Oscar Wilde se caracterizaba por tener una fantasía desbordante, y hacía gala de un esteticismo que más tarde plasmaría en todas sus obras. En sus cuentos domina la fábula y la estética del relato antiguo. En la mayoría de los cuentos que presentamos los animales cobran especial relevancia (*El amigo fiel, El gigante egoísta, El niño astro, el joven rey...*) así como un fuerte carácter moralizante e irónico.

Los cuentos del autor comienzan como auténticos cuentos tradicionales, infantiles o no tanto... y van creciendo según avanza la lectura hasta convertirse en metáforas sobre

la amistad, el gobierno del Estado, la integración, la empatía... Algunos nacieron de su pluma en colaboración con sus hijos y se han convertido en conocidos cuentos para niños como *El gigante egoísta*.

Su vida personal transcurre entre devaneos con amigos y un matrimonio aburrido. Pero su carrera y su vida se derrumban a finales de 1895. Acusado de sodomía por el padre de un íntimo amigo es condenado a dos años de trabajos forzados. Durante su estancia en prisión escribiría una larga carta titulada *De Profundis*, que no sería publicada hasta 1909, ya de manera póstuma.

Además de la publicación literaria, Wilde colaboró en la redacción de artículos desde sus inicios como escritor en diversas revistas europeas y americanas, pero sobre todos los géneros, Oscar Wilde es uno de los dramaturgos más importantes de la historia de la literatura inglesa.

Clara Alonso
Madrid, enero de 2023

El amigo fiel

Una mañana, la vieja Rata de Agua sacó la cabeza fuera de su madriguera. Tenía los ojos claros, parecidos a dos gotas brillantes, unos bigotes grises muy tiesos y una cola larga, que parecía una larga cinta elástica negra. Los patitos nadaban en el estanque, como si fueran una bandada de canarios amarillos, y su madre, que tenía el plumaje blanquísimo y las patas realmente rojas, trataba de enseñarles a mantener la cabeza bajo el agua.

–Nunca podréis codearos con la alta sociedad, a menos que aprendáis a manteneros bajo el agua –les repetía machaconamente, mostrándoles de vez en cuando cómo se hacía.

Pero los patitos no prestaban atención; eran tan pequeños que no entendían las ventajas de pertenecer a la sociedad.

–¡Qué chiquillos más desobedientes! –gritó la vieja Rata de Agua–. Realmente merecen ser ahogados.

–¡Qué cosas dice usted! –respondió la Pata–.

Nadie nace enseñado y a los padres no nos queda más remedio que tener paciencia.

–¡Ay! No sé nada de los sentimientos de los padres –dijo la Rata de Agua–. No soy madre de familia; en realidad nunca me he casado, ni tengo intención de hacerlo. El amor está bien, dentro de lo que cabe, pero la amistad es un sentimiento mucho más elevado. La verdad es que no creo que haya nada en el mundo más noble ni más raro que una amistad verdadera.

–Y dígame usted, por favor, ¿cuáles son, a su juicio, los deberes de un amigo fiel? –le preguntó un Pinzón Verde, que estaba posado encima de un sauce llorón muy cerca de allí, y que había oído la conversación.

–Sí, eso es justamente lo que yo quisiera saber –dijo la Pata mientras se alejaba nadando hasta la otra orilla del estanque y allí metía la cabeza en el agua, para dar buen ejemplo a sus pequeños.

–¡Qué pregunta más tonta! –exclamó la Rata de Agua–. Qué duda cabe de que, si un amigo mío es fiel, es porque me es fiel a mí.

–¿Y usted qué haría a cambio? –preguntó el pajarillo, que se columpiaba sobre una rama plateada batiendo sus diminutas alas.

–No te entiendo –le contestó la Rata de Agua.

–Deje que le cuente un cuento sobre eso –dijo el Pinzón.

–¿Es un cuento sobre mí? –preguntó la Rata de Agua–. Porque, si lo es, estoy dispuesta a escucharlo. Me encantan los cuentos.

–Se le podría aplicar –contestó el Pinzón.

Y bajó volando del árbol y, posándose a la orilla del estanque, empezó a contar el cuento del Amigo Fiel.

–Érase una vez –comenzó a decir el Pinzón– un honrado muchacho, que se llamaba Hans.

–¿Era muy distinguido? –preguntó la Rata de Agua.

–No –contestó el Pinzón–. No creo que lo fuera, excepto por su buen corazón y su carilla redonda y simpática. Vivía solo, en una casa pequeñita y todo el día lo pasaba cuidando del jardín. No había jardín más bonito que el suyo en los alrededores: en él crecían minutisas y alhelíes, y pan y quesillo y campanillas blancas. Había rosas de Damasco y rosas amarillas y azafranes de oro y azul, y violetas moradas y blancas. La aguileña y la cardamina, la mejo-

rana y la albahaca silvestre, la primavera y la flor de lis, el narciso y la clavellina brotaban y florecían unas tras otras, según pasaban los meses, de tal modo que siempre había cosas hermosas para la vista y exquisitos perfumes para el olfato.

El pequeño Hans tenía muchísimos amigos, pero el más fiel de todos era el grandote Hugo el Molinero. Tan leal le era el ricachón Hugo al pequeño Hans, que no pasaba nunca por su jardín sin inclinarse por encima de la tapia para arrancar un ramillete de flores, o un puñado de hierbas aromáticas, o sin llenarse los bolsillos de ciruelas y cerezas, si estaban maduras.

–Los amigos verdaderos deberían compartir todas las cosas –solía decir el Molinero.

Y pequeño Hans asentía y sonreía, muy orgulloso de tener un amigo con tan nobles ideas.

Aunque la verdad es que, a veces, a los vecinos les extrañaba que el rico Molinero nunca diera al pequeño Hans nada a cambio, a pesar de que tenía cien sacos de harina almacenados en el molino y seis vacas lecheras y un gran rebaño de ovejas de lana. Pero a Hans nunca se le pasaban por la cabeza estos pen-

samientos y nada le daba tanta satisfacción como escuchar las maravillosas cosas que el Molinero solía decir sobre la falta de egoísmo y la verdadera amistad.

El pequeño Hans trabajaba en su jardín. Durante la primavera, el verano y el otoño era muy feliz; pero llegaba el invierno y se encontraba con que no tenía ni fruta, ni flores que llevar al mercado, y sufría mucho por el frío y por el hambre. En ocasiones tenía que irse a la cama sin más cena que unas cuantas peras secas o algunas nueces duras. Y además, en invierno, estaba muy solo, ya que el Molinero nunca iba a visitarlo.

–No es conveniente que vaya a ver al pequeño Hans mientras haya nieve –decía el Molinero a su mujer–. Porque, cuando la gente tiene problemas, es preferible dejarla sola y no molestarla con visitas. Por lo menos, esta es la idea que yo tengo de la amistad, y estoy convencido de que es lo correcto. Por lo tanto esperaré a que llegue la primavera y después le haré una visita y podrá darme una cesta llena de primulas, y con ello será feliz.

–Eres muy considerado con todo el mundo –le decía su mujer, sentada en un cómodo

sillón junto a un buen fuego de leña–, muy considerado. Da gusto oírte hablar de la amistad. Estoy segura de que ni un sacerdote diría las cosas tan bien como tú, y eso que vive en una casa de tres plantas y lleva un anillo de oro en el dedo meñique.

–¿Pero no podríamos invitar al pequeño Hans a que suba a vernos? –preguntó el hijo menor del Molinero–. Si el pobre está en apuros, le daré la mitad de mis gachas y le enseñaré mis conejitos blancos.

–¡Pero qué tonto eres! –exclamó el Molinero–. Realmente no sé para qué te mando a la escuela, pues la verdad es que no aprendes nada. Mira, si el pequeño Hans viniera a casa y viera el fuego tan hermoso que tenemos y nuestra buena cena y nuestro hermoso barril de vino tinto, le daría envidia. Y la envidia es una cosa tremenda, capaz de echar a perder a cualquiera. Y yo no permitiré que se eche a perder el carácter de Hans. Soy su mejor amigo y siempre velaré por él, y que no caiga en tentación. Además, si Hans viniera a casa, podría pedirme prestado un poco de harina, y eso sí que no lo puedo hacer. Una cosa es la harina y otra la amistad, y no hay que con-

fundirlas. Está claro que son dos palabras diferentes y significan cosas distintas. Eso lo sabe cualquiera.

–¡Pero qué bien hablas! –dijo la mujer del Molinero, sirviéndose un gran vaso de cerveza tibia–. Estoy medio amodorrada, como si estuviera en la iglesia.

–Mucha gente obra bien –prosiguió el Molinero–, pero muy poca habla bien, lo que nos demuestra que es mucho más difícil hablar que obrar; aunque también es mucho más elegante.

Y se quedó mirando con severidad, por encima de la mesa, a su hijo pequeño, que se sintió tan avergonzado que bajó la cabeza, se puso muy colorado y se echó a llorar encima de la merienda. Pero era tan joven que hay que disculparlo.

–¿Y así acaba el cuento? –preguntó la Rata de Agua.

–Claro que no –contestó el Pinzón–. Así es como empieza.

–Pues entonces no está usted al día –le dijo la Rata de Agua–. Hoy los buenos narradores empiezan por el final, siguen por el principio y terminan por el medio. Así es

el nuevo método. Se lo oí decir el otro día a un crítico, que iba paseando alrededor del estanque con un joven. Hablaba del asunto con todo detalle y estoy segura de que estaba en lo cierto, porque llevaba gafas azules, y era calvo, y, a cada observación que hacía el joven, le respondía: «¡Psss!». Pero le ruego que continúe usted con el cuento. Me encanta el Molinero. Yo también estoy lleno de hermosos sentimientos, de modo que tenemos muchas cosas en común.

–Pues bien –dijo el Pinzón, apoyándose ora en una patita ora en la otra–, tan pronto como acabó el invierno y las primulas comenzaron a abrir sus pálidas estrellas amarillas, el Molinero le dijo a su mujer que iba a bajar a ver al pequeño Hans.

–¡Ay, qué buen corazón tienes! –le dijo su mujer–. ¡Siempre estás pensando en los demás! No te olvides de llevar la cesta grande para las flores.

Así que el Molinero sujetó las aspas del molino de viento con una gruesa cadena de hierro y bajó por la colina con la cesta en su brazo.

–Buenos días, pequeño Hans –dijo el Molinero.

–Buenos días –dijo Hans, apoyándose en la pala con una sonrisa de oreja a oreja.

–¿Y qué tal has pasado el invierno? –dijo el Molinero.

–Bueno, la verdad es que eres muy amable al preguntármelo, muy amable, sí señor –exclamó Hans–. Te diré que lo he pasado bastante mal, pero ya ha llegado la primavera y estoy muy contento, y todas mis flores están hechas una maravilla.

–Hemos hablado muchas veces de ti este invierno, Hans –dijo el Molinero–, y nos preguntábamos qué tal te iría.

–Qué amables sois –dijo Hans–. Y yo que me temía que me hubierais olvidado.

–Hans, me sorprendes –dijo el Molinero–. Los amigos nunca olvidan. Eso es lo más maravilloso de la amistad, pero me temo que no seas capaz de entender la poesía de la vida. Y, a propósito, ¡qué bonitas están tus primulas!

–Realmente están preciosas –dijo Hans–; y es una suerte para mí tener tantas. Voy a llevarlas al mercado y se las venderé a la hija del alcalde, y con el dinero que me dé compraré otra vez mi carretilla.

–¿Que comprarás de nuevo tu carretilla?

¡No me irás a decir que la has vendido! ¡Qué cosa más tonta!

–La verdad es que no tuve más remedio que hacerlo dijo Hans. Pasé un invierno muy malo, y no tenía dinero ni para comprar pan. Así que primero vendí la botonadura de plata de la chaqueta de los domingos, y luego vendí la cadena de plata y después la pipa grande, y por último la carretilla. Pero ahora voy a comprarlo todo otra vez.

–Hans –le dijo el Molinero–, voy a darte mi carretilla. No está en muy buen estado, porque le falta un lado y tiene rotos algunos radios de la rueda. Pero, a pesar de ello, voy a dártela. Ya sé que es una muestra de generosidad por mi parte y que muchísima gente pensará que soy tonto de remate por desprenderme de ella, pero es que yo no soy como los demás. Creo que la generosidad es la esencia de la amistad y, además, tengo una carretilla nueva. De modo que puedes estar tranquilo; te daré mi carretilla.

–Es muy generoso por tu parte –dijo el pequeño Hans, y su graciosa carita redonda resplandecía de alegría–. La puedo arreglar fácilmente, pues tengo un tablón en casa.

–¡Un tablón! –exclamó el Molinero–. Pues eso es lo que necesito para arreglar el tejado del granero, que tiene un agujero muy grande y, si no lo tapo, el grano se va a mojar. ¡Es una suerte que me lo hayas dicho! Es sorprendente ver cómo una buena acción siempre genera otra. Yo te he dado mi carretilla y ahora tú me vas a dar una tabla. Por supuesto que la carretilla vale muchísimo más que la tabla, pero la auténtica amistad nunca se fija en cosas como esas. Anda, haz el favor de traerla enseguida, que quiero ponerme a arreglar el granero hoy mismo.

–Voy corriendo –exclamó el pequeño Hans.

Y salió disparado hacia el cobertizo y sacó el tablón a rastras.

–No es una tabla muy grande –dijo el Molinero mirándola–. Y me temo que, después de que haya arreglado el granero, no sobrará nada para que arregles la carretilla. Claro que eso no es culpa mía. Bueno, y ahora que te he regalado la carretilla, estoy seguro de que te gustaría darme a cambio algunas flores. Aquí tienes la cesta, y procura llenarla hasta arriba.

–¿Hasta arriba? –dijo el pobre Hans, muy afligido, porque era una cesta grandísima y

sabía que, si la llenaba, no le quedarían flores para llevar al mercado; y estaba ansioso por recuperar su botonadura de plata.

–Bueno, en realidad –dijo el Molinero–, como te he dado la carretilla, no creo que sea mucho pedirte un puñado de flores. Puede que esté equivocado, pero, para mí, la amistad, la verdadera amistad, ha de estar libre de cualquier tipo de egoísmo.

–Ay, mi querido amigo, mi mejor amigo –exclamó el pequeño Hans– todas las flores de mi jardín están a tu disposición. Prefiero mucho más ser digno de tu estima que recuperar la botonadura de plata.

Y salió disparado a coger todas sus lindas primulas y llenó la cesta del Molinero.

–Adiós, pequeño Hans –le dijo el Molinero, mientras subía por la colina, con el tablón al hombro y la gran cesta en la mano.

–Adiós –respondió el pequeño Hans.

Y se puso a cavar tan contento, pues estaba encantado con la carretilla.

Al día siguiente estaba sujetando unas ramas de madreselva en el porche cuando oyó la voz del Molinero, que le llamaba desde el camino. Así que saltó de la escalera, cru-

zó corriendo el jardín y miró por encima de la tapia.

Allí estaba el Molinero con un gran saco de harina al hombro.

–Querido Hans –le dijo el Molinero–, ¿te importaría llevarme este saco de harina al mercado?

–Lo siento mucho –comentó Hans–, pero es que hoy estoy muy ocupado. Tengo que levantar todas las enredaderas, y regar las flores y atar la hierba.

–Bueno, pues, teniendo en cuenta que voy a regalarte mi carretilla, es bastante egoísta por tu parte negarte a hacerme este favor.

–Oh, no digas eso –exclamó el pequeño Hans–. No querría ser egoísta por nada del mundo.

Y entró corriendo en casa a buscar su gorra y se fue caminando al pueblo con el gran saco a sus espaldas.

Hacía mucho calor, y la carretera estaba cubierta de polvo y, antes de llegar al sexto mojón, Hans tuvo que sentarse a descansar. Sin embargo prosiguió muy animoso su camino, y llegó al mercado. Después de un rato, vendió el saco de harina a muy buen precio y

regresó a casa inmediatamente, temeroso de que, si se le hacía tarde, pudiera encontrar a algún ladrón en el camino.

Ha sido un día muy duro –se dijo Hans mientras se metía en la cama–. Pero me alegro de no haber dicho que no al Molinero, porque es mi mejor amigo y, además, me va a dar su carretilla.

A la mañana siguiente, muy temprano, el Molinero bajó a recoger el dinero del saco de harina, pero el pobre Hans estaba tan cansado, que todavía seguía en la cama.

–Válgame, Dios –dijo el Molinero–, qué perezoso eres. La verdad es que, teniendo en cuenta que voy a darte mi carretilla, podías trabajar con más ganas. La pereza es un pecado muy grave, y no me gusta que ninguno de mis amigos sea vago ni perezoso. No te parezca mal que te hable tan claro. Por supuesto que no se me ocurriría hacerlo si no fuera tu amigo. Pero eso es lo bueno de la amistad, que uno puede decir siempre lo que piensa. Cualquiera puede decir cosas amables e intentar alabar a los demás; pero un amigo verdadero siempre dice las cosas desagradables, y no le importa causar dolor. Es más, si es un verda-

dero amigo lo prefiere, porque sabe que está obrando bien.

–Lo siento mucho –dijo el pobre Hans frotándose los ojos, y quitándose el gorro de dormir–. Pero estaba tan cansado que quise quedarme un rato en la cama, escuchando el canto de los pájaros. ¿Sabes que trabajo mejor cuando he oído cantar a los pájaros?

–Bien, me alegro –dijo el Molinero, dándole una palmadita en la espalda–, porque, tan pronto estés vestido, quiero que subas conmigo al molino y me arregles el tejado del granero.

El pobrecito Hans estaba deseando ponerse a trabajar en el jardín, porque hacía dos días que no regaba las flores, pero no quería decir que no al Molinero, que era tan amigo suyo.

–¿Crees que no sería muy buen amigo tuyo si te dijera que tengo mucho que hacer? –preguntó con voz tímida y vergonzosa.

–Bueno, en realidad no creo que sea mucho pedirte, teniendo en cuenta que te voy a dar mi carretilla –le contestó el Molinero–. Pero, si no quieres, lo haré yo mismo.

–¡De ninguna manera! –exclamó Hans y, saltando de la cama, se vistió y subió al gra-